

CAPÍTULO - 35

Competencias financieras en la juventud peruana: un desafío para el futuro

Financial literacy in Peruvian youth: a challenge for the future

DOI: <https://doi.org/10.35622/inudi.c.03.035>

Leydi Ramos-Ramos

 Universidad Nacional del Altiplano, Puno – Puno, Perú

✉ lramos@inudi.edu.pe

 <https://orcid.org/0009-0000-3487-0889>

Ana Ramos-Ramos

 Universidad Nacional del Altiplano, Puno – Puno, Perú

✉ ana.ramos@upsc.edu.pe

 <https://orcid.org/0000-0001-7683-5539>

Ronny Gutierrez-Castillo

 Universidad Nacional del Altiplano, Puno – Puno, Perú

✉ rgutierrez@unap.edu.pe

 <https://orcid.org/0000-0003-0861-8027>

Resumen

La importancia de la educación financiera en la sociedad peruana actual es crítica, considerando que la juventud se desenvuelve en un entorno digital que ofrece productos financieros de manera masiva. Sin una formación adecuada, este escenario proyecta riesgos severos para la estabilidad económica a largo plazo. El presente ensayo sostiene que la falta de educación financiera en la juventud representa un riesgo para la estabilidad financiera a largo plazo. A través del análisis, se identifica que la "brecha de confianza" y los sesgos cognitivos actúan como barreras psicológicas que impiden transformar la información disponible en competencias tangibles. Asimismo, se expone que la formación insuficiente en el hogar y la universidad deriva en un estado de "deseducación", donde el acceso inmediato al crédito fomenta una mentalidad de consumo que anula la capacidad de inversión consciente. Se concluye que es imperativo que la juventud asuma una ciudadanía financiera activa, reconociendo que sus decisiones presentes condicionan su bienestar futuro. Dado que los jóvenes representan el motor económico venidero, su capacidad para gestionar recursos con ética y planificación es el pilar fundamental para la sostenibilidad y prosperidad del país.



Palabras clave: competencias para la vida, economía de la educación, educación financiera, juventud.

Abstract

The importance of financial education in today's Peruvian society is critical, given that youth navigate a digital environment that offers financial products on a massive scale. Without adequate training, this scenario projects severe risks for long-term economic stability. This essay argues that the lack of financial education among young people represents a threat to long-term financial stability. Through this analysis, it is identified that the "confidence gap" and cognitive biases act as psychological barriers that prevent the transformation of available information into tangible competencies. Furthermore, the study explains that insufficient training in both the home and university settings leads to a state of "financial miseducation," where immediate access to credit fosters a consumerist mindset that nullifies the capacity for conscious investment. The essay concludes that it is imperative for youth to embrace active financial citizenship, recognizing that their present decisions condition their future well-being. Since young people represent the upcoming economic engine, their ability to manage resources with ethics and planning is the fundamental pillar for the country's sustainability and prosperity.

Keywords: life skills, economics of education, financial education, youth.

INTRODUCCIÓN

En las últimas décadas, el Perú ha sido reconocido internacionalmente por su resiliencia y crecimiento macroeconómico sostenido. Sin embargo, este avance en las cifras nacionales contrasta con la realidad de sus ciudadanos a nivel micro, particularmente en el sector juvenil. Según datos de la OCDE (2023) aproximadamente el 42% de los estudiantes peruanos no alcanza el nivel básico de competencia financiera, situándose por debajo de los estándares regionales. A esto se suma la "paradoja millennial", donde una alta autoconfianza digital no se traduce en decisiones financieras responsables, dejando a los jóvenes vulnerables ante el sobreendeudamiento y la informalidad, especialmente en zonas rurales donde el acceso y la educación son limitados (Zeldis Research Associates et al., 2018).

Para comprender este tema, es necesario clarificar algunos conceptos fundamentales. En primer lugar, la **alfabetización financiera** se entiende como el resultado de un proceso de aprendizaje: es el estado de poseer el conocimiento y la confianza necesarios para tomar decisiones informadas. Por otro lado, la **competencia financiera** es la capacidad de aplicar dichos conocimientos de forma práctica y efectiva para resolver problemas (Colás Bravo & Hernández de la Rosa, 2021). De acuerdo con Álvarez-Espiño et al. (2022), esta competencia representa la sinergia entre la "capacidad para actuar" (alfabetización) y la "oportunidad de actuar" (inclusión financiera), permitiendo que el joven trascienda de la teoría (posesión de información) hacia la práctica (ejecución de hábitos).

Bajo este marco previo, la **educación financiera** se define integralmente como la combinación de conocimientos, habilidades, actitudes y comportamientos necesarios para tomar decisiones financieras acertadas y lograr el bienestar financiero (Alliance for Financial Inclusion, 2020). Asimismo, Vera (2016) la considera el proceso educativo mediante el cual los individuos mejoran su comprensión sobre los conceptos y productos financieros. Por lo tanto, es común creer erróneamente que este concepto se limita a la oferta de productos por parte de entidades bancarias; sin embargo, la verdadera educación financiera trasciende la comercialización de servicios para centrarse en el aprendizaje de la administración de recursos financieros y la mitigación de riesgos.

En este sentido, la educación financiera no es un fin en sí mismo, sino una herramienta importante para el bienestar personal y profesional. Como bien señala Pérez (2023), el dinero es una mercancía cuyo valor reside en lo que puede hacerse con él; por lo tanto, su óptima gestión es una gran habilidad en la sociedad contemporánea. A pesar de lo anteriormente mencionado, la evidencia en el ámbito académico sugiere que incluso en la formación universitaria existe un diagnóstico de "deseducación" o analfabetismo financiero (Vera, 2016). Esta carencia estructural implica que el acceso a productos bancarios, sin una alfabetización previa, puede derivar en trampas de deuda en lugar de en herramientas de progreso.

Ante este panorama, el presente ensayo sostiene que la falta de educación financiera en la juventud representa un riesgo para la estabilidad financiera a largo plazo. Para sustentar esta postura, se analizará la brecha de confianza originada por sesgos cognitivos, donde la mentalidad de consumo inmediato prevalece sobre la inversión a largo plazo. Asimismo, se debatirá si la educación financiera debe ser garantizada como un derecho estatal o una responsabilidad individual, cuestionando si la universidad es el único espacio para revertir el analfabetismo financiero actual.

DESARROLLO

La "brecha de confianza" y el "sesgo cognitivo"

La comprensión del comportamiento financiero de los jóvenes no puede limitarse al análisis de cuánto saben (conocimiento declarativo), sino a cómo procesan la realidad económica a través de su propia psicología. La "brecha de confianza" surge cuando existe una disonancia entre la competencia real y la competencia percibida, un fenómeno que las finanzas conductuales han identificado como un factor de riesgo crítico para la estabilidad personal.

Vera (2016) advierte que los jóvenes universitarios suelen asumir que pueden manejar productos financieros sin dificultad, aun cuando desconocen sus condiciones reales y sus riesgos. Esta percepción inflada de competencia genera lo que puede llamarse una brecha de confianza: los estudiantes confían más en sus habilidades de lo que realmente deberían.

El problema es que esta confianza mal construida no protege, sino que expone. Cuando un joven cree que "controla" su dinero, deja de buscar información,

evita pedir asesoría y minimiza las advertencias. Así, la tecnología, que debería ser una herramienta de apoyo, termina funcionando como un velo que oculta las debilidades reales en su formación financiera.

Por lo tanto, al tener un sesgo de confianza sobre un tema que realmente no se llega a dominar puede inducir a que los jóvenes enfrenten productos financieros complejos sin comprender plenamente sus implicancias, confiando en su intuición más que en un análisis informado.

A esto se suma una tendencia muy común: priorizar el presente sobre el futuro. Muchos estudiantes prefieren gastar hoy sin pensar en las consecuencias de mañana. Lo que ocasiona que el dinero sea entendido principalmente como un medio para consumir, más que como un recurso para planificar o invertir.

En este contexto, el crédito deja de verse como una responsabilidad y pasa a percibirse como una oportunidad inmediata de consumo. Este comportamiento no surge por casualidad. Mena-Campoverde (2022) demuestra que las actitudes financieras se construyen a partir del entorno familiar y social, y que influyen directamente en la alfabetización financiera de los jóvenes. Si el entorno normaliza el endeudamiento, el gasto impulsivo o la ausencia de ahorro, el estudiante asume estos hábitos como algo natural.

¿Educación financiera como derecho o como responsabilidad individual?

Uno de los debates más importantes en torno a la educación financiera gira en torno a una pregunta central: ¿quién debe hacerse cargo de formar financieramente a los jóvenes? ¿El Estado y las instituciones educativas, o cada individuo por cuenta propia? La respuesta a esta interrogante no es solo teórica, sino que tiene consecuencias directas sobre el bienestar económico de toda una generación.

Hoy, tomar decisiones financieras equivocadas puede significar años de endeudamiento, exclusión del sistema formal o dependencia económica. Por lo que concebir a la educación financiera como una responsabilidad personal resulta insuficiente e injusto.

Salas Velasco (2022) señala que la alfabetización financiera fortalece la inclusión y mejora las actitudes económicas de los jóvenes, especialmente en contextos de vulnerabilidad.

Cuando el Estado y las universidades garantizan esta formación, no solo protegen al individuo, sino que fortalecen el sistema económico en su conjunto.

Sin embargo, en la práctica, el modelo económico contemporáneo tiende a trasladar el riesgo al individuo. Se promueve la idea de que cada persona debe “aprender sola”, informarse por su cuenta y asumir las consecuencias de sus errores. Esta lógica fomenta lo que puede denominarse una individualización del riesgo: el sistema ofrece productos financieros, pero no garantiza que los usuarios comprendan su funcionamiento.

Desde esta visión, se espera que el joven universitario sea capaz de gestionar sus recursos de manera autónoma, adaptarse a la digitalización y proteger su patrimonio personal.

Guzmán-Fernández (2022) sostiene que la educación financiera permite mejorar el control económico individual y generar bienestar progresivo. Sin embargo, esta postura ignora que no todos los estudiantes parten de las mismas condiciones educativas, sociales y culturales.

El problema se vuelve más evidente cuando la inclusión financiera no va acompañada de formación. Acceder a tarjetas, créditos o aplicaciones bancarias no garantiza una mejor calidad de vida si no existe comprensión real de sus implicancias, como ejemplo se puede mencionar la investigación realizada por de Linares Hugar (2020) demostrando que el sobregiro de tarjetas acarrea de un pobre conocimiento acerca de las finanzas personales.

En estos casos, el sistema incorpora tempranamente a los jóvenes al mercado financiero, pero los deja sin herramientas suficientes para defenderse; lejos de empoderarlos, los expone. De este modo, la supuesta “responsabilidad individual” termina convirtiéndose en una forma de abandono institucional.

Frente a este caso, Rabadán et al. (2024) destacan que la universidad debe cumplir un rol central en este proceso, formando estudiantes capaces de impactar positivamente en su entorno personal y social. Desde este enfoque, el estudiante deja de ser un consumidor pasivo de productos financieros y se convierte en un actor económico consciente. Por lo tanto, la educación debe promover valores como la responsabilidad, la previsión y la ética en el uso del dinero.

En consecuencia, plantear la educación financiera como una simple responsabilidad individual resulta insuficiente para enfrentar los desafíos actuales, sin una política educativa clara y sostenida, las desigualdades se reproducen y la vulnerabilidad financiera se profundiza. El Estado, las universidades y la sociedad tienen un papel ineludible en este proceso.

Por ello, reconocer la educación financiera como un derecho no implica negar la responsabilidad personal, sino crear las condiciones para que esta pueda ejercerse de manera real; de esta manera será posible reducir el riesgo estructural que hoy amenaza la estabilidad financiera de la juventud y, con ella, el futuro económico del país.

La mentalidad de consumo y la mentalidad de inversión

La distinción entre consumir e invertir es una manifestación de la cultura financiera del individuo. En los jóvenes universitarios, esta dicotomía suele estar desequilibrada hacia el consumo inmediato debido a la falta de herramientas de planificación y a presiones sociales.

La mentalidad de consumo se caracteriza por priorizar el gasto en bienes de satisfacción inmediata, muchas veces financiados mediante crédito. Linares Hugar (2020) identifica que los estudiantes de 20 a 23 años incurren con frecuencia en el sobregiro de tarjetas de crédito no por necesidades básicas, sino

por un desconocimiento de la administración de finanzas personales y la influencia de la "cultura del consumo". En este estado, el joven percibe el ingreso no como un medio para generar riqueza, sino como una capacidad de gasto mensual que debe agotarse (García Caballero et al., 2022).

El puente entre ambas mentalidades es el presupuesto. Figueroa Delgado (2009) define el presupuesto como el *elemento pivote* que permite tomar decisiones conscientes y coherentes. Sin un presupuesto, el joven opera bajo una mentalidad de consumo reactivo; con él, desarrolla una capacidad de planificación que es la base de la inversión.

Un obstáculo recurrente en la mentalidad de inversión de los jóvenes es la prevalencia de gastos no planificados. García Caballero et al. (2022) señalan que el fácil acceso al crédito de consumo actúa como un catalizador de la mentalidad de gasto, nublando el juicio sobre la viabilidad de inversiones a largo plazo. La teoría sugiere que la alfabetización financiera debe orientar al estudiante no solo a "no gastar", sino a "gastar con propósito", transformando el excedente en capital semilla para el desarrollo profesional o personal (Rabadán Serrano et al., 2024).

¿Es la universidad el único lugar para aprender finanzas?

La formación financiera es un proceso acumulativo que ocurre en múltiples entornos. Si bien la universidad es el espacio de formalización académica, la evidencia sugiere que el aprendizaje se origina mucho antes y se extiende fuera del aula (Januszewski et al., 2024).

La universidad cumple un rol de "validador" del conocimiento. La institución educativa debe fortalecer tanto al estudiantado como al cuerpo docente, por lo tanto, la importancia de la universidad no radica solo en transmitir datos, sino en estructurar un pensamiento crítico que permita al alumno impactar en su entorno personal, laboral y social. Sin embargo, la brecha persiste en carreras no relacionadas con finanzas, donde el estudiante a menudo egresa con habilidades técnicas, pero con una "deseducación financiera" práctica (Zapata Vines, 2021).

El hogar es, cronológicamente, el primer lugar de aprendizaje. Estudios recientes indican que un porcentaje significativo de las competencias digitales y financieras se adquieren en casa (30.2%) antes que en la universidad (23.9%) (Januszewski et al., 2024). La observación del manejo del dinero por parte de los padres constituye una "socialización financiera" que define las actitudes y comportamientos futuros del joven, incluso antes de tener su primer producto bancario.

En la era de la transformación digital, el aprendizaje se ha democratizado. Blas Ancco (2021) sostiene que la digitalización permite al ciudadano tomar acción individual. El uso de aplicativos financieros, billeteras digitales y la búsqueda de información autónoma son hoy canales de educación no formal tan potentes como la educación reglada. Es decir, hoy en día, todas las personas que cuenten con este acceso al mundo digital pueden aprender sobre el dinero sin la necesidad de contar con una educación brindada por una entidad.

Desde esta perspectiva, pensar que la universidad es el único lugar donde se aprende a manejar el dinero resulta insuficiente. La educación financiera se construye en el hogar, se refuerza en la escuela, se consolida en la universidad y se transforma con la experiencia laboral y digital. Cuando alguno de estos espacios falla, el joven queda expuesto a errores que pueden acompañarlo durante toda su vida.

En consecuencia, si la universidad no se integra con los aprendizajes previos y con las realidades digitales actuales, su impacto será limitado. La falta de articulación entre familia, educación formal y entorno tecnológico debilita la formación financiera y refuerza la vulnerabilidad juvenil.

Por ello, para reducir el riesgo que representa la falta de educación financiera a largo plazo, no basta con añadir cursos aislados. Es necesario construir una red educativa coherente que acompañe al joven desde sus primeras experiencias económicas hasta su inserción plena en la sociedad. Solo así la universidad podrá cumplir realmente su función como formadora de ciudadanos económicamente responsables.

CONCLUSIÓN

La falta de educación financiera en la juventud peruana no es un problema de falta de información, sino de una carencia de herramientas para procesar esa información frente a los impulsos del consumo. Como se ha analizado, la "brecha de confianza" y los sesgos cognitivos hacen que los jóvenes se sientan seguros navegando en aplicaciones bancarias, pero esa destreza digital es engañosa si no va acompañada de un pensamiento crítico.

Por otro lado, el debate sobre quién debe asumir la formación financiera muestra que esta no puede reducirse a una responsabilidad exclusivamente individual. Si bien la autonomía en la toma de decisiones es importante, el Estado y las instituciones educativas tienen el deber de garantizar este aprendizaje como un derecho que promueva la inclusión social. Incorporar a los jóvenes al sistema bancario sin una alfabetización previa no constituye un acto de empoderamiento, sino una forma de abandono institucional que los deja expuestos a las desigualdades del mercado. En estas condiciones, hablar de "responsabilidad personal" resulta insuficiente.

Asimismo, la universidad, aunque cumple un papel central en la validación del conocimiento, no representa el único espacio donde se aprende a manejar el dinero. La formación financiera debe entenderse como un proceso acumulativo y articulado, en el que el hogar, la educación escolar y el entorno digital cumplen funciones decisivas. La persistencia de la "deseducación" financiera en el ámbito universitario evidencia un modelo que ha separado la formación profesional de las competencias necesarias para la vida cotidiana, como consecuencia, muchos jóvenes egresan con habilidades técnicas sólidas, pero con una débil capacidad para administrar sus propios recursos.

Para finalizar, se debe considerar que el reto de nuestra sociedad es transformar al estudiante de un consumidor reactivo a un ciudadano financieramente

consciente; se trata de enseñar a ahorrar y formar personas capaces de gestionar riesgos y actuar con ética frente al dinero.

Rol de contribución

Leydi Ramos-Ramos: Conceptualización, análisis formal, investigación, escritura-borrador original, escritura-revisión y edición, visualización, supervisión, administración del proyecto.

Ana Ramos-Ramos: Conceptualización, análisis formal, investigación, escritura-borrador original, escritura revisión y edición, recursos, visualización.

Ronny Gutierrez-Castillo: Conceptualización, investigación, escritura-borrador original, escritura revisión y edición, recursos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alliance for Financial Inclusion. (2020). *Financial inclusion strategy performance management: A financial inclusion strategy monitoring and evaluation toolkit*. https://www.afi-global.org/wp-content/uploads/2024/10/AFI_CEMC_FI_CS_AW_digital.pdf
- Álvarez-Espiño, M., Fernández López, S., & Rey-Ares, L. (2022). La alfabetización y vulnerabilidad financieras de la población adulta española: un análisis por generaciones. *Panorama Social*, (35), 67–82. <https://www.funcas.es/wp-content/uploads/2022/09/Panorama-social-35.pdf#page=10>
- Blas Ancco, C. (2021). *Cultura financiera durante el 2021*. 34–36. https://www.munizlaw.com/assets/pdf/Quorum_21_-_CB.pdf
- Colás Bravo, P., & Hernández de la Rosa, M. Á. (2021). Las competencias investigadoras en la formación universitaria. *Revista Universidad y Sociedad*, 13(1), 17–25. <http://scielo.sld.cu/pdf/rus/v13n1/2218-3620-rus-13-01-17.pdf>
- Figuerola Delgado, L. O. (2009). Las finanzas personales. *EAN* 65, (65), 123–144. <https://www.redalyc.org/pdf/206/20612980007.pdf>
- García Caballero, J. A., Gómez Pacheco, G. P., & Sánchez Tamayo, P. N. (2022). Revisión sistemática de literatura sobre la gestión de las finanzas personales por parte de jóvenes universitarios. *Areandina*. <https://digitk.areandina.edu.co/server/api/core/bitstreams/7eaccb44-6012-44fe-b3e5-eaabbbed30eab/content>
- Guzmán-Fernández, C. (2022). Educación financiera: Impacto en las finanzas de la sociedad mexicana. *Revista de Investigaciones Universidad Del Quindío*, 34(2), 117–123. <https://doi.org/10.33975/riuq.vol34n2.966>
- Januszewski, A., Kujawski, J., Buchalska-Sugajska, N., & Śpiewak, J. (2024). Digital competencies of finance and accounting students. *Procedia Computer Science*, 246, 4481–4491. <https://doi.org/10.1016/j.procs.2024.09.298>
- Linares Hugar, I. A. (2020). *Sobregiro de tarjetas de crédito en alumnos de 20 a 23 años como consecuencia del poco conocimiento sobre la administración de*

finanzas personales [Tesis de Licenciatura, Universidad San Ignacio de Loyola]. <https://repositorio.usil.edu.pe/entities/publication/40ab9d2e-5f1a-454a-886c-921d0ae624a3>

- Mena-Campoverde, C. L. (2022). Alfabetización financiera en jóvenes en Ecuador: modelo de medición y sus factores determinantes. *Información Tecnológica*, 33(1), 81–90. <https://doi.org/10.4067/S0718-07642022000100081>
- OECD. (2023). *PISA 2022 Results (Volume IV): Factsheets: Perú*. <https://www.oecd.org/publication/pisa-2022-results>
- Pérez, B. N. (2023). *Dinero e inflación*. <https://saber.ucab.edu.ve/items/eb042801-b656-46f7-a8be-57f6ba81c353>
- Rabadán Serrano, M. E., Muñoz Ponce, V., Gordillo Gutiérrez, G. A., & Zavala Martínez, A. (2024). Nivel de educación financiera del estudiantado universitario. Diagnóstico. *Innovación y Desarrollo*, 16(4), 1770–1776. https://iydt.wordpress.com/wp-content/uploads/2024/10/4_44_nivel-de-educacion-financiera-del-estudiantado-universitario.-diagnostico.pdf
- Salas Velasco, M. (2022). Educación financiera, alfabetización financiera y resultados financieros. *Panorama Social*, (35), 41–53. <https://www.funcas.es/wp-content/uploads/2022/09/Panorama-social-35.pdf#page=10>
- Zeldis Research Associates, FINRA Investor Education Foundation, & CFA Institute. (2018). *Uncertain futures: 7 myths about Millennials and investing, full report*. <https://www.finrafoundation.org/millennials-and-investing>
- Vera, J. L. (2016). La (Des) educación Financiera en Jóvenes Universitarios ecuatorianos: una aproximación teórica. *Revista Empresarial*, 10(37), 36–41. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5580338>
- Zapata Vences, J. S. (2021). *Análisis de alternativas de solución para el analfabetismo financiero en jóvenes de carreras no relacionadas con Banca y Finanzas* [Título de Licenciatura, Universidad de Piura]. <https://pirhua.udep.edu.pe/backend/api/core/bitstreams/1a07cd3c-328e-40fc-a4b5-597aa678028a/content>